

Alex Benítez y el Planeta de los Héroes

Vicente Byrd



Capítulo 1

Extra de queso. Extra de queso con guacamole por encima. ¿No quedaría riquísimo? Tengo tanta hambre que me comería un sandwich de hipopótamo. Con guacamole. Hace tiempo que no como guacamole. Me acuerdo que estaba riquísimo. Antes me lo comía para desayunar. Con mantequilla y...

¿Antes? ¿Cuándo fue antes? Siento que han pasado años desde "antes".

Me encantan las barbacoas al lado del mar. ¿Y esa roca? Un momento...

En medio de la inmensa oscuridad, divisé una roca que flotaba como si tal cosa. Y a medida que me iba acercando, iban apareciendo más y más rocas flotantes. Como islas. En medio de la nada.

—¡¿Dónde carajo estoy?!!—dije para quien me oyera, aunque sospechaba que me encontraba solo.

Pronto comprobé que las enormes formaciones de roca eran suficientemente grandes para que una persona se mantuviera en pie, y se encontraban suficientemente cerca las unas de las otras como para que una persona pudiera moverse entre ellas.

Así que empecé a saltar de roca en roca, dirigiéndome al infinito.

Eso me hizo acordarme de algo. ¡iiiEl Candy Adventure Challenge!!! Me detuve y saqué mi teléfono del bolsillo. La memoria me estaba fallando mucho, pero si algo recordaba es que antes de estar saltando de roca en roca había estado jugando al Candy Adventure Challenge, un juego online de plataformas estilo Mario pero mucho más divertido. Mi puntuación era la número cuatro de todo el país. Me faltaban solo 1500 puntos para llegar al tercer puesto.

—Mierda, mierda, no tengo conexión...—dije en voz alta.

El celular no me funcionaba ni para mandar mensajes de Whatsapp. Qué desastre. Qué gran desastre. Un día eres el cuarto mejor jugador de Candy Adventure Challenge y al día siguiente eres un don nadie.

A tres saltos de mí había un puente de madera que se sostenía en el aire. Y yo recién me daba cuenta. Cubrí la distancia que me separaba del puente, aún con el celular en la mano. Entonces fue cuando los vi. En mitad del puente, entre la espesa niebla, había dos figuras encapuchadas.

El corazón me dio un vuelco. La sangre se me heló en las venas. Un solo

sentimiento me invadía por dentro en aquel momento:

"Les voy a decir si tienen WIFI", pensé.

Y corriendo y saltando con locura hacia ellos, grité:

—¡DISCULPEEN! ¡SEÑORES, DISCULPEEN! ¡LES HAGO UNA PREGUNTA!

Los encapuchados no se movieron del lugar. Se limitaban a mirarme, como si fueran estatuas. Entonces uno de ellos habló.

—Alex Benítez. Has sido elegido.

—Ah, mierda—dije yo— ¿y para qué?

—Nuestra galaxia corre peligro, Alex—dijo el otro encapuchado—Te necesitamos. ¿Nos ayudarás?

—P-pero... ¡¿Quiénes son ustedes?! ¡No entiendo qué carajo está pasando!

—Somos reclutadores del planeta Heros, situado a varios años luz de aquí. El antiguo demonio Maghol está destruyendo la galaxia, provocando el caos y la muerte allá a donde va, corrompiendo a los demás planetas.

—Ya ha conquistado y destruido uno de los cinco mundos de nuestro sistema planetario. Se ha instalado allí con su séquito y planea acabar con los otros cuatro.

—¿Entiendes?

—No.

Los encapuchados se miraron.

—Te dije que no iba a entender.

—¡Ni siquiera sé donde estoy!

—Estás en el Limbo Gris—explicó el encapuchado de la derecha—Aquí vienen las almas de cientos de humanos, de toda la galaxia. Nuestros sensores localizan aquellas almas que son héroes por naturaleza. Ellos nos han llevado hasta ti.

—¿Pero cómo se supone que vine a parar a este lugar? Yo lo único que recuerdo es que estaba jugando al Candy Adventure Challenge en el tren de camino a la Uni cuando hubo una pedazo de sacudida y después se empezó a mover todo el vagón y... y después ruidos y después un golpe

y...

Los encapuchados me miraron, en silencio.

—Oh... Ya entiendo.

Una horrible sensación me invadió por dentro y me oprimió el corazón. De un momento a otro lo había perdido todo y no solo el Candy Adventure. Ya no iba a volver a ver a mi familia ni a mis amigos. No volvería a la universidad ni podría ver mi programa favorito en la tele. Los encapuchados parecieron comprender, pues habían bajado un poco las cabezas.

—Acepta tu destino, Alex Benítez—dijo el encapuchado de la derecha—Te llevaremos a Honeydale, la ciudad de Heros donde vivimos. Allí te lo explicaremos todo.

Suspiré.

—¿Tengo elección?

—No—respondieron ambos a la vez.

Y cada uno apretó una de mis muñecas, y una descarga lo sacudió todo.

—¡AAAARRRGHH! ¡PERO QUÉ CARAJOS! ¡PODRÍAN HABER INVENTADO UN MÉTODO DE TRANSPORTE MENOS MOVIDITO, ESTOS ALIENS!

(Todo esto lo dije mientras viajábamos a la velocidad de la luz. No sé cómo conseguí articularlo).

...

Cuando desperté, mi ropa había desaparecido.

En lugar de mis tejanos y mi camiseta de AC/DC llevaba puesta una bata marrón crema muy rara, con grandes líneas azules. Y eso era todo.

Me levanté como pude, mareado. El sol era radiante. La hierba era de un verde hermoso. Los arbustos rodeaban el lugar. Había un cartel de madera que se aguantaba con un bastón de caramelo que ponía "BIENVENIDO A HONEYDALE"

—Esto...Mola...un huevazo.

Yo ya estaba a punto de hincarle el diente a ese palo de caramelo, pero entonces me di cuenta de que delante tenía una hermosa casita de madera. La puerta parecía de cuento. En ella había un mensaje grabado

con unas letras hermosas.

—"Si has sido elegido, entra aquí" Ah, iyo he sido elegido! ¡Voy a entrar!

—¡Eh, pelirrojo!—me llamó una voz a mis espaldas. Solo entonces me di cuenta de que no estaba solo en aquel jardín—¿Qué estás haciendo?

Era una chica de pelo castaño muy claro, teñido con mechas rosas y recogido en dos coletas.

—Entrar. ¿A ti qué te parece? Me han elegido. Voy a salvar la galaxia.

—A nosotros también nos han elegido—dijo un chico de pelo oscuro y ojos achinados, situado detrás de ella—Todos aquí somos elegidos. Ponte a la cola.

Detrás de aquel chico había una decena de "elegidos". Todos me miraban reprobadoramente. Resignado y un poquito avergonzado, avancé por la larga cola hasta situarme detrás de un chico pálido de pelo rubio.

—No pasa nada—me dijo con una sonrisa amistosa—Yo lo hice peor. Aterricé detrás de esos arbustos y me costó días encontrar esta cabaña. Me llamo Maikel, por cierto, es un placer.

—¿Días? ¡¿Llevas días aquí?!

—Sí, llevamos meses esperando a que abran. Mientras nosotros esperamos, ellos siguen reclutando más héroes elegidos. Ni nosotros ni ellos pueden entrar a Honeydale todavía. Nos han dicho que este jardín conecta Heros con el espacio exterior. Por precaución, esa puerta solo se abre unas pocas veces al año.

—¿Y cuánto falta para que la abran?

—Han dicho que dos meses más.

El trueno se oyó con fuerza. Se había nublado por completo y empezaban a caer gotas de lluvia a toda velocidad.

—¿Dos meses, eh? Voy a sentarme.

Y allí empapado sobre la hierba, en medio de la eterna cola, me sentí jodidamente frustrado. El celular seguía sin tener conexión, lo cual no me extrañaba para nada.

Lo lancé tan lejos por encima de los arbustos como pude.

Capítulo 2

Por una calle pavimentada con algodón de azúcar caminábamos yo y una rosquilla gigante del tamaño de un ser humano. Es el señor Sacaroso, el alcalde de la ciudad. Las criaturas de Honeydale son de lo más alucinantes. El señor Sacaroso es como un mentor para mí. Yo tengo tantas preguntas sobre este mundo que no sé por dónde empezar.

—¿Seguro que no puedo arrancar un poquito de este rico suelo, señor alcalde?

—No

—¿Ni aunque sea un trocito chiquitito?

—¡No, joven Benítez!! Esta es la primera lección que todo héroe debería aprender. Ser un héroe significa sacrificio. Significa resistir a las tentaciones del cuerpo. Toma

Me entregó un libro de cobertura marrón.

—Este es el alimento que necesitas.

—¡Ya lo creo!—dije entusiasmado al darme cuenta de que la cobertura era de chocolate, y lamí la tapa.

—¡ALEX!

El chocolate sabía extraño. Estaba frío y aguado y...

—¡ALEX, TE ESTÁS AHOGANDO!

Abrí los ojos. Me encontraba acostado de lado sobre la hierba, con la cara hundida en un enorme charco y la lengua fuera.

Me incorporé de inmediato y tosí, escupiendo agua y barro. Maikel me ayudó a levantarme.

Las lluvias habían cesado, pero el cielo seguía un poco nublado. Miré a mi alrededor.

—¿Qué hora es?

—Es difícil saberlo—respondió mi amigo.

Y era verdad pues a Heros lo iluminan dos soles y hay muy pocas horas de noche. Es difícil saber en qué hora del día estás a menos que te guíes por la posición del sol. Y claro, sin móvil...

En Marte también tienen móviles, me había contado Maikel. Maikel era el único de la cola que venía del sistema solar, por lo que teníamos mucho en común. Cuando nos aburríamos de esperar en la cola, nos dedicábamos a jugar al veo veo o al tú la llevas. El resto de elegidos nos miraban un poco raro.

Ese día estuvimos un buen rato jugando al póker (no teníamos cartas, pero nos las imaginábamos) sentados en la hierba y bajo la fina llovizna,

cuando una sombra se proyectó sobre nosotros. Miramos hacia arriba.

Nos miraba una chica de tez pálida, con la cabeza cubierta por una capucha Parecía un poco molesta.

—Ah hola—dije—¡No te habíamos visto!

—Pues llevo tres días detrás de vosotros. Esto... ¿Os importaría avanzar?

Miramos hacia adelante y solo entonces nos dimos cuenta. La cola había quedado a diez metros de donde estábamos sentados. Solo quedaban dos personas por entrar a parte de nosotros tres.

...

Al fin llegó mi turno.

—Puedes sentarte, Alex, si quieres.

Era una cabaña de madera de techo bajo. Una larga mesa me separaba de sus dos anfitriones. Aquí y allá se oía el breve canto de algún pajarillo. Todo se sentía tranquilo en aquel momento.

Incluso reconfortante. Helio y Vanesa no se parecían en nada a los aliens siniestros y encapuchados que había conocido en el Limbo Gris. Ahora que veía sus rostros, hermosos y llenos de luz, me parecían seres totalmente diferentes. De otro mundo, sí, pero de un mundo distinto al que yo me había imaginado. Me miraban con compasión y respeto. Un respeto que yo no estaba del todo seguro de merecer.

—Bienvenido a Heros, Alex Benítez—dijo Vanesa. Ambos vestían el mismo color de la cabeza a los pies. Sus trajes estaban hechos de un material que yo no conocía. El de Vanesa era de color púrpura apagado y con sombreados negros. Helio vestía de un color celeste cristalino, como hielo

o diamante.

—¿Estás preparado para comenzar tu viaje?—preguntó Helio alegremente

Me senté.

—Pues no sé, aún no me habéis contado exactamente de qué va la cosa. ¿Tengo que ayudar a matar a ese Maghul o...?

Vanesa asintió, no a modo de respuesta sino para indicarme que me comprendía.

—Lo irás entendiendo todo paso a paso. El camino del héroe es largo y está lleno de obstáculos. Muchos abandonan y deciden no enfrentarse a Maghul. Nadie los juzga por ello.

—Chachi—respondí, de pronto muy animado.

—Verás Alex—empezó Helio, cambiando de expresión—lo que más nos preocupa de ti ahora mismo no es tu sed de aventura, sino tu supuesta condición de héroe. Tememos haber cometido un terrible error

—Nuestros sensores nunca han fallado antes—aseguró Vanesa—Hemos sido entrenados para identificar y rescatar almas heroicas. Pero en tu caso...

De pronto sentí como si de pronto me arrancaran aquello a lo que me había estado aferrando durante las últimas semanas.

—¿No creéis que soy un héroe?

Ellos se miraron antes de contestar.

—Es nuestro deber ser sinceros contigo, Alex—dijo Vanesa—No creemos que haya nadie de los catorce elegidos que hemos traído a Heros que esté menos preparado para este trabajo.

Vanesa bajó la cabeza y yo también lo hice.

—Vaya

—Eso no significa que no vayamos a entrenarte—le aseguró ella—En Heros conocerás un hogar como cualquiera de tus compañeros.

—Pero si prefieres volver al Limbo Gris, estás en tu derecho—intervino Helio

—¡¡¡NO, POR FAVOR!!!—protesté—¡No me devolváis a ese agujero oscuro y solitario!

—Lo cierto es que estarías más seguro allí—dijo Vanesa

—¡Me da lo mismo! ¡prefiero ser exterminado por un demonio devoramundos que morir de aburrimiento en el Limbo Gris!

—Maghul no ha conseguido entrar en Heros todavía—dijo Helio suavizando las cosas—en Honeydale estarás a salvo.

—Pero fuera de Honeydale...—dijo Vanesa sacando una bolsa de tela marrón y echándola sobre la mesa—solo tendrás diez oportunidades.

Abrí la bolsa Diez pequeñas gemas azules brillaban en su interior.

—Debes llevar esa bolsa contigo en todo momento—me explicó Helio—fuera de las ciudades, Heros está plagado de monstruos y espíritus. A veces incluso se cuelan dentro de nuestras murallas. Son terriblemente poderosos. Con que te toquen un dedo, kaput.

—Cada vez que te maten, y esto pasará más de una vez, una de estas gemas actuará automáticamente, devolviéndote a la vida. Pero solo tienes diez gemas.

Ambos hicieron una pausa, esperando a ver el efecto que tenía esto en mi.

—¡QUÉ PASOTE!—dije— ¡COMO EN LOS VIDEJUEGOS!

—Esto no es un juego, Alex—dijo Helio—esa es la primera lección que debes aprender

—Muchos de mis amigos murieron a manos de esos monstruos—dijo Vanesa mirándolo seriamente.

—Lo siento—dije

—Somos un planeta joven—reconoció Helio—Hace docientos años, Heros no conocía la violencia ni el odio, ni el poder ni la codicia. Ni Heros ni los otros cuatro planetas.

—Pero entonces llegó Maghul—dijo Vanesa, con voz quiebra—y con él llegaron los monstruos, y con los monstruos llegó la guerra, y la guerra cambió a los demás mundos. Dicen que el poder se contagia como un resfriado. Ahora los demás planetas son una sombra de lo que eran. Gobernados por líderes que se matan entre ellos en lugar de plantar cara

al demonio. Solo Heros se ha mantenido firme.

—Por eso necesitamos nuevos héroes—explicó Helio, mirándolo casi implorante. Y entonces empecé a comprender a qué se referían—Para deshacernos de la maldad y la codicia que alberga esos planetas. No te rindas ante ellas, Alex. Confiamos en ti.

...

La avenida principal de Honeydale no estaba pavimentada con algodón de azúcar. De hecho no estaba pavimentada con ningún material. Era un simple camino de tierra por el que se paseaban alegremente los héroes, cada uno con un traje de color diferente. No parecía una ciudad muy grande, más bien parecía un pueblo del salvaje oeste, con sus casas, negocios y establecimientos todos de madera, uno junto al otro.

Pero era verdaderamente hermoso. Mariposas de los colores más extravagantes se movían de aquí para allá. Las flores adornaban todo el camino. Había animales de todo tipo: perros, gatos e incluso mapaches que se paseaban como si tal cosa, sin miedo de los humanos.

En la acera de enfrente, sentado en un banco, estaba Maikel

—¿Cómo ha ido?—preguntó

—Me han dicho que soy la basura más patética de este universo—dije con un suspiro— y que me aceptan en Honeydale por pena.

—Es gracioso—dijo Maikel—a mi me han dicho exactamente lo mismo.

—¿Compis de basurero?

—Cuenta con ello.

Me senté.

—¿vamos?—preguntó Maikel

—Habrá que esperar a Saya, ¿no?

—¿Quién es Saya?

—La chica que venía detrás de mi en la cola—le expliqué—estuvimos hablando cuando te fuiste. Resulta que es de la Tierra. Le hará ilusión que la esperemos.

Así que esperamos, y al cabo de un cuarto de hora vimos salir a Saya, que

se había quitado la capucha y lucía el pelo liso y oscuro a la luz del sol.

—¡¡Eh, eh!! ¡¡Estamos aquí!! ¡¡Te hemos esperado!!—gritamos los dos a la vez.

Pero Saya no nos oyó o se hizo la sueca, porque pasó totalmente de largo. La gente nos miraba como si fuéramos unos locos.